

Teresa de Calcuta

la madre de los más pobres

María Fernández de Córdoba



Directora de la colección: Mercedes Álvarez

© 2000, by María Fernández de Córdova y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

www.bambulector.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: ACI, AISA, Album, Corbis-Cordon Press

Ilustración: Farrés, il·lustració editorial

Séptima edición: septiembre 2011

ISBN: 978-84-218-4954-5

Depósito legal: M-34.656-2011

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Prólogo	5
1 En un rincón de Albania	9
2 La familia Boyaxhiu	11
3 La muerte de Nikollë	17
4 Lectora empedernida	21
5 Quiero ser misionera	25
6 Rumbo a Irlanda	33
7 La novicia eslava	39
8 La India, por fin	43
9 Maestra ejemplar	49
10 Un viaje especial	55
11 En la calle con cinco rupias	59
12 Aprendiz de enfermera	67
13 Una escuela debajo de un almendro	71
14 Uno más tres son cuatro	77
15 El hogar del moribundo	83
16 Ya no caben en casa	89
17 Dadme los niños a mí	97
18 Sin miedo a la lepra	105
19 Calcuta se desborda	111
20 De la India al mundo entero	115
21 Las hermanas en España	121
22 Los voluntarios de la Madre Teresa	125
23 El Nobel de la Paz	129
24 Llega el fin	133
Cronología	139

Prólogo

Llegué a Calcuta el 26 de octubre de 1994. Aterricé en el tortuoso aeropuerto de la ciudad, después de un dificultoso viaje en el que había empleado más de 48 horas. Una serie de imprevistos, como una amenaza de bomba, los concienzudos registros a los que me sometió la policía india, una desesperante sucesión de retrasos aéreos, el extravío de parte de mi equipaje, se encargaron de ello. Sin embargo, por fin, allí estaba, en el corazón de la región de Bengala, al nordeste de un país con más de tres millones de kilómetros cuadrados, dispuesta a sumergirme de lleno en el voluntariado que trabaja en las casas de las Misioneras de la Caridad.

Era media noche. Tomé un taxi, y desde ese destartado vehículo me enfrenté con uno de los espectáculos más desoladores que he visto en mi vida. A medida que el coche se adentraba por las oscuras y pestilentes callejas de la urbe bengalí, se iba perfilando frente a mí aquella imagen que más tarde llegaría a convertirse en algo cotidiano para mis ojos. A ambos lados de la calle, cientos de personas se apiñaban unas encima de otras, tumbadas en las aceras sin más abrigo que un pedazo de tela mugrienta, agazapadas bajo las ruedas de un carro, temblorosas en torno a la débil llama de una hoguera... Jamás podré olvidar aquella esperpéntica imagen, la mirada de aquellos seres humanos,

carentes hasta de un lugar donde guarecerse al llegar la noche. Y una pregunta me martilleaba insistentemente: ¿Qué hacía yo allí?

Aquella noche no pude dormir. Por eso, apenas escuché la llamada a la oración desde las mezquitas cercanas, me levanté con el único deseo de encaminarme, cuanto antes, hacia la casa central de las Misioneras de la Caridad. Tenía la seguridad absoluta de que ellas tendrían la respuesta adecuada a mi pregunta. Y así fue. Allí vi, por primera vez, a la Madre Teresa de Calcuta. Cuando entré en la inmensa capilla de la casa central, enseguida descubrí su silueta entre la de las demás. Guardo aquella primera impresión como un precioso recuerdo. La Madre Teresa se había levantado a las 4:30 de la madrugada y rezaba envuelta en una ensordecedora multitud de ruidos que llegaban, desde la calle, por las ventanas abiertas de la estancia. Sentada en el suelo frente al altar, la «diosa de la India» escondía su rostro entre las manos. Parecía ajena a todo lo que la rodeaba. Me senté junto a ella y permanecí así cerca de una hora.

En los días que siguieron, tuve la oportunidad de hablar con ella en varias ocasiones. Además, y sobre todo, tuve la oportunidad de conocer a fondo el trabajo que desarrolla su fundación en Calcuta, junto a los más pobres de los pobres. Muchas personas me han preguntado: ¿Qué es lo que más te impactó de la Madre Teresa?, ¿qué recuerdos traes de Calcuta? Y eso es, en definitiva, lo que he tratado de reflejar en este libro. Quiero así manifestar mi más profundo agradecimiento a aquella pequeña monja albanesa que, con su inmensa sencillez, apenas me dio opción a pre-

sentarme. En su lugar, la Madre Teresa me acogió con un enorme y cálido abrazo. Después, horas y horas de duro trabajo, de actitudes y palabras que constituyen un precioso botín de detalles minúsculos, son los que, junto a la Madre Teresa, me enseñaron a vivir el hondo y silencioso sentido de las cosas y, en medio del sufrimiento, a descubrir un nuevo género de ternura. Por todo ello, gracias.

En un rincón de Albania

Amanecía el 26 de agosto de 1910, cuando Nikollë Boyaxhiu oyó el llanto de un bebé en la habitación contigua. De un vuelco, su corazón comenzó a latir más deprisa. Una inmensa sonrisa se trazó en su rostro cuando el doctor apareció en el umbral de la puerta para decir las cinco palabras más bonitas que había escuchado en su vida:

—¡Es una niña sana! ¡Enhorabuena!

—¡Una pequeña!... ¿Puedo entrar a verla?... ¿Cómo está mi mujer?

—Todo ha salido estupendamente, señor Boyaxhiu —le explicó el doctor Havel con voz pausada—. Su esposa está cansada y debe reposar pero, ¡vamos hombre!, pase a ver a su hija.

Allí estaba la recién nacida, arropada entre los brazos de su madre, tan pequeña que apenas lograba uno distinguirla entre las blancas sábanas de la cama.

—¿Eres feliz? —preguntó Nikollë a su esposa mientras tomaba las diminutas manitas de su hija entre las suyas.

—Sí, muy feliz —contestó ella, y añadió—: Se llamará Agnes, ¿verdad?

—Sí, Drana: Agnes Boyaxhiu será su nombre.

Así fue de sencillo. Un caluroso día del mes de agosto, cuando en la ciudad albana de Skopje no se oía más que el frenético cantar de las chicharras y el gorgoteo del río Vardar, vino al mundo la pequeña Agnes Boyaxhiu. El mismo día en que las campanas de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, el único templo católico de la ciudad, tocaban en honor de San Ceferino.

Agnes es la hija pequeña del joven matrimonio Boyaxhiu. Nikollë y Drana habían tenido cinco hijos. Los dos mayores murieron a los pocos días de nacer dejando un doloroso recuerdo en la familia. Los tres pequeños —Aga y Lazar, nacidos en 1905 y 1907 respectivamente, y la pequeña Agnes— pasarán así a ser todos los hijos del matrimonio.

—La bautizaremos mañana, igual que a los demás —anunció Nikollë a su mujer.

Por un momento, el matrimonio quedó en silencio, quizá recordando las graves enfermedades que se habían cobrado ya la vida de dos de sus hijos.

—¿Se nos irá también Agnes? —preguntó Drana.

—No, Agnes vivirá. Ya lo verás.

La ceremonia se celebró al día siguiente de su nacimiento: el 27 de agosto. Ese luminoso día, la Iglesia abrió sus brazos para acoger a la que, años más tarde, se convertiría en uno de sus mayores testigos ante el mundo: la Madre Teresa de Calcuta.

La familia Boyaxhiu

Nikollë Boyaxhiu, el padre de Agnes, era de origen croata. Un hombre lleno de energía e iniciativa que se ganaba la vida trabajando en una empresa de materiales de construcción. La había fundado él mismo con la colaboración de un socio de origen italiano. Era un padre cariñoso, los continuos viajes al extranjero no le impedían dedicar lo mejor de su tiempo a la familia. Siempre buscaba el momento de volver junto a su esposa y sus tres hijos, a los que quería con toda el alma.¹

Agnes, que por entonces tenía ya siete años, esperaba con ansiedad esos días en que Nikollë volvía de algún país lejano. Entonces, una de sus costumbres preferidas era sentarse en sus rodillas y escuchar las hermosas historias que contaba. Le acosaba a preguntas:

—¿Dónde has estado, papá?

—¡Ah!, tendrás que adivinarlo... Veamos... ¡Te daré alguna pista! Es un país donde... se habla francés. A ver, ¿lo sabes ya?

—¡Francia! —exclama Agnes.

1. Lush Gjergji, *Mother Theresa* (Editrice Velar, 1990).

—¡Sí, sí, Francia! —grita Lazar lleno de emoción.

—¡Qué barbaridad!, qué pronto lo has adivinado.

—Cuéntanos cosas de Francia, papá —suplica Agnes.

—Sí, cuéntanos cosas... —pide Lazar apoyando la petición de su hermana.

—Está bien, está bien.

Y entonces, les hablaba de París, con sus calles siempre iluminadas; de Guatemala, con sus colores y tradiciones; de la comida italiana; de Nueva York, tan cosmopolita... Todas, ciudades muy distintas a Skopje.

Y así pasaban las horas Aga, Lazar y Agnes, escuchando absortos las hermosas narraciones. En ocasiones, Nikollë no podía evitar que sus palabras traslucieran el profundo amor que sentía hacia su patria: Albania. La veneraba como pocas personas en Skopje. Se interesaba por todo lo que ocurría y, como ciudadano, trataba de comprometerse con los problemas sociales de su país. Esta admirable actitud acabará catapultándole, irremediabilmente, al escenario político.

Y lo hizo en un momento en que el ánimo de los albaneses había sido peligrosamente alterado. Recién conquistada la independencia de Skopje del dominio turco en 1912, lo que había convertido a la ciudad en la capital de la república albanesa de Macedonia, el país no había logrado alcanzar la paz. Después, la Primera Guerra Mundial había convertido a Albania en un inmenso campo de batalla. Este hecho fue el que impulsó a Nikollë a militar en el partido nacionalista albanés, que luchaba por la independencia de su país de toda dominación extranjera.

Nikollë pronto fue elegido concejal del Ayuntamiento de Skopje. Esta circunstancia hizo que su hogar estuviera

siempre lleno de correligionarios políticos. Agnes un día se interesó por ese ir y venir de personas.

—Papá, ¿quiénes son esos hombres que vienen a casa? —le preguntó.

—Son algunas de las personas con las que yo trabajo en el Ayuntamiento. Son buenas personas..., patriotas...

—Y ¿por qué son buenas personas? Yo no veo que hagan nada bueno. Mamá sí que es buena porque cuida de los enfermos.

—Sí hija, lo que ocurre es que ellos hacen cosas buenas de otra manera. Ellos son los encargados de hacer que las leyes no sean injustas, que en nuestro país no haya guerras, o que no existan familias que tengan que vivir en la pobreza... ¿Lo entiendes?

—Creo que sí. Entonces, ¿tú haces cosas buenas como ellos?

—Así es. Yo, como tú, Agnes, soy hijo de la Iglesia Católica y quiero ser coherente con mi fe cristiana, por eso debo ayudar a todos los albaneses a que vivan en un país libre y en paz.

Agnes recordará siempre la valentía de su padre y no olvidará nunca una importante lección: por un gran ideal, vale la pena empeñar la vida.

La pequeña de los Boyaxhiu también encontró en su madre un ejemplo digno de ser imitado. Ella será precisamente quien la acerque, por primera vez, al mundo de la pobreza y del sufrimiento.

Drana Bernai, de origen véneto, era una mujer con temple de acero. Profundamente enamorada de su marido, sabía compaginar el trabajo del hogar con la dedicación a

su esposo y a sus hijos. La educación de sus hijos era una de sus principales preocupaciones y, en este sentido, era de la opinión que las cosas se aprenden mejor con el ejemplo que de palabra.²

Además, tenía un profundo sentido religioso. Drana hizo todo lo que estaba a su alcance para conseguir que sus hijos crecieran en el amor a los demás y a Jesús. Con ella aprendió Agnes a rezar las primeras oraciones antes de dormir. También preparó a sus hijos para hacer la primera comunión.

Drana esperaba con ilusión que sus hijos regresaran del colegio cada día.

—¿Cómo te ha ido hoy, Agnes?

—Bien, mamá. Esta tarde tengo que estudiar mucho.

—¿Necesitas que te ayude?

—No... —¿Cómo le iba a explicar que no se había acordado de la tabla del cinco? ¡Si estuvieron juntas estudiándola el día anterior!

—¿Cómo te fue con las matemáticas? —pregunta Drana mientras termina de pelar distraídamente una patata.

Agnes siente vergüenza de contestar con la verdad y dice:

—Bien...

De camino hacia su habitación, la pequeña recuerda que su madre le ha enseñado a decir siempre la verdad. En broma, Drana sostiene que cuando alguien dice una mentira su lengua se vuelve negra como el carbón. Agnes corre hacia un espejo para comprobarlo. Y, efectivamente, la ima-

2. Lush Gjergji, *Mother Theresa* (Editrice Velar, 1990).

ginación le hace creer que su lengua está más oscura que de costumbre. Le falta tiempo entonces para volver junto a su madre a poner las cosas en su sitio:

—Mamá, ¿me ayudas a estudiar la tabla del cinco? Hoy me la preguntó la maestra y no he sabido contestarle...

—Claro hija, en cuanto termine con esto. ¿No te la has sabido? ¡Hasta en eso te pareces a mí! ¡Jamás he memorizado bien las tablas de multiplicar!... Estudiaremos juntas —Agnes, por fin, respira tranquila.

De Drana aprendieron sus hijos a mostrar siempre una actitud humilde y cordial. La familia Boyaxhiu vivía holgadamente, pero eso no fue un obstáculo para que el matrimonio inculcara en sus hijos el amor hacia los pobres y la generosidad. Por ejemplo, era muy corriente que tuvieran invitados a comer. Cualquiera que lo necesitaba encontraba su casa abierta de par en par. Los niños, extrañados ante la cantidad de personas que se sentaban a su mesa, preguntaban a la madre por la relación con aquellas personas.

—Mamá —pregunta Agnes—, ¿la mujer que vino a comer ayer es de nuestra familia?

Drana suele responder siempre con la misma afirmación que, desde entonces, quedará grabada para siempre en la memoria de Agnes:

—Sí, hija, se trata de un pariente lejano. Pero recuerda que, aun en el caso de que no lo fuera, por ser pobre, sería también hermano nuestro.

Cuando Agnes creció y se hizo mayor, comprendió que se trataba de pobres y desposeídos, a quienes su madre daba de comer. Y no eran los únicos. Por ejemplo, también atendía a una anciana, de sesenta años, abandonada

por su hijo. Drana iba por lo menos una vez a la semana a llevarle comida y a arreglarle la casa, acompañada muchas veces por Agnes. O a una señora alcohólica y cubierta de llagas. Drana la lavaba y curaba dos veces al día, le daba de comer y la cuidaba como si se tratase de una niña. Y un ejemplo más: una madre de seis hijos, muy delicada de salud. Al fallecer, sus hijos crecieron junto a la familia Boyaxhiu como si lo llevaran haciendo toda la vida.

Agnes nunca olvidará aquel consejo de sus padres: «Hija mía, nunca aceptes llevarte a la boca un trozo de pan, sin estar dispuesta a compartirlo con los demás».